

convirtiéndolo en vivo Santuario
do habita Dios como en su propia esfera:
ya se ha rasgado el velo
que la verdad en sombras envolvía,
y franca está la que conduce al cielo
de espinas y dolor humilde vía.

Conoce el hombre la verdad eterna:
Mas ¡ay!... que no le alumbrá,
la pura íntima luz, la luz interna
que al alto cielo la razón encumbra:
y ¿quién será el maestro
del corazón vehemente
que lo lleve de Dios á las alturas
en el flagrante carro de la mente?

El amor, el amor, eterno soplo,
emanación purísima del cielo
donde el mortal cansado peregrino
tan sólo puede hallar paz y consuelo.
El Santo Amor con que el eterno ama
al Hijo eterno que sin fin produce,
el infinito Amor, la inmensa llama
que á solo un Ser reduce
la ciencia y el Poder, cerrando luego
el círculo de Dios con almo fuego!

El amor, dulce fuente de la vida,
perfume eterno que el Creador exhala,
beso divino de su santa boca
con que Dios á sí mismo se regala,
sol del edén y misteriosa escala
que al mundo baja y al empíreo toca.

El amor, ala pura del ingenio,
fuego que con ardor le hace fecundo,
luz inefable que revela al génio
los secretos recónditos del mundo.

¡Ese divino amor que se desprende
de la gloriosa altura
donde el querub le canta,
y en el humano corazón enciende
de eterna caridad la hoguera santa!

Ya los doce enviados
que prepara el Señor en su alta ciencia
á difundir los rayos de su lumbre
cual astros puros de la excelsa cumbre,
donde tiene su sol la inteligencia,
como hermanos queridos
están en el cenáculo reunidos;
alto rumor atónitos escuchan
cual de pujante trueno,
y ven bajar las llamas esplendentes
del Santo amor que vierten en su seno
las gracias celestiales á torrentes.

Nuevo fulgor sus ojos ilumina
que en el Oriente plácido alborea;
afán desconocido
en sus pechos magnánimo campea,
y desde aquel momento
en que con otras prendas celestiales
dar quiso Dios á todos los mortales
un mismo corazón y un pensamiento,
estos hombres sencillos
en diferentes lenguas

hablan de Dios con elocuencia rara,
y á su palabra se estremece el Orbe,
Satán sucumbe y la razón se para.

Y tú, vieja Babel, aborto inmundo
del orgullo fatídico, que guerra
al cielo declaró, ya te derrumbas,
y de menudo polvo, y de ruinas
vas á cubrir las solitarias tumbas
de los mentidos sabios
que á la santa verdad escarnecieron
vertiendo errores con impuros labios.

La confusión horrenda
en que al mundo envolviste
como nube liviana desaparece
al soplo del amor: plácida viste
la aurora, nuevas galas,
y entre triunfos gloriosos ya camina,
ya vuela del espíritu en las alas
al trono eterno la unidad divina.

¡Dame, Señor, un rayo de tu esfera,
baja, célico númen, Amor santo:
tu inextinguible hoguera
enciende en mí y elevaré mi canto
por cima de las nubes
á la sacra mansión de los querubes!

Tú eres el manantial de la poesía,
la paz del corazón, la luz del alma.
Desde el dichoso día
en que al mundo bajaste

á llenar nuestros pechos de alegría,
los tímidos apóstoles
que huyeran cual obejas desbandadas
presa al ver á Jesús de la inelmente
turba de foragidos,
de su sueño despiertan de repente
y por tu luz heridos
de la heróica virtud el santo fuego
y el valor del martirio cobran luego.
La espada poderosa
del vencedor supremo de la muerte
empuñan, y del don de los milagros
armados ya con la palanca fuerte
que de Febo detuvo la carrera,
marchan, y por do quiera
van venciendo á los hórridos dragones
que del oscuro Averno
irritados salieran á legiones
á dominar la tierra maldecida
desde que el padre Adán prevaricando
emponzoñó las fuentes de la vida.

¡Qué gigantesca lucha!
¡Qué valor y qué fe!... Doce titanes
que al emprender osados sus campañas
pueden, llamando á Dios en sus afanes
mandar al sol y acumular montañas,
guerra declaran al antiguo cielo
que al hombre presentar sólo podía
de crímenes y vicios vil modelo,
y en un manto de luto le envolvía,
y con enorme paso le agoviaba
y en piélagos de sangre le inundaba.

La nube del error se desvanece,
 los templos de los ídolos se hunden,
 y los genios del antro se confunden
 y la tierra se agita, se estremece
 atónita mirando, de su altura
 caer en mil fragmentos
 deshecho el áureo formidable trono
 del Dios potente que lanzara el rayo,
 y el Olimpo pasar cual sombra vana
 que disipa la luz de la mañana.

Y vosotros, tiranos de la tierra,
 ¿osareis apagar el heroísmo
 de los que en brava guerra
 sepultaron un cielo en el abismo?...
 ¡Jamás!... ¡jamás!... poblad vuestras prisiones
 y llenad vuestros circos de inocentes
 cristianos: desatad vuestros leones
 más fieros: aprestad hierros candentes:
 hogueras encended: el odio infame
 y el orgullo feroz que los eternos
 abismos inundó, su hiel derrame:
 la negra envidia furibunda brame,
 é invente en su locura mil infiernos
 que de cristiana fe, de fuego santo
 henchida el alma que gustosa apura
 la amarga copa del atroz tormento,
 de la horrible mansión de su tortura,
 cual oro del crisol, sale más pura.'

El noble corazón que en el combate
 entusiasmado late,
 arder sintiendo la gigante llama

del santo amor que sin cesar le inflama,
 en lágrimas de gozo por la tierra
 y en himnos por el cielo se derrama.

Embravecido el mar, en espumosas
 ondas subiendo, pero siempre en vano,
 escalar las regiones luminosas
 quisiera, donde ufano
 el sol muestra su alcázar soberano;
 y á su imagen las miserables pasiones
 no pueden apagar la inmensa hoguera
 encendida en los nobles corazones,
 donde el sol de justicia reverbera.

Dulces himnos alcemos,
 bendigamos unánimes la hora,
 en que el amor soplando
 cual brisa de los cielos seductora,
 fué la inerte materia reanimando.

Las leyes, que cruelísimas cadenas
 eran antes, sus duros eslabones
 van á tomar de rosas y azucenas
 en lazos que unirán los corazones:
 y los absortos pueblos
 tras el mar infinito de su lloro,
 tras la nube de horrenda idolatría
 verán aparecer la edad de oro,
 bella creación de celestial poesía.

Teñida la pujante
 mano en sangre, la vista chispeante,
 orlada de relámpagos la frente,

negra hiel derramando del ardiente
 trémulo labio, lívido el semblante
 donde el furor se pinta y el encono,
 se aleja ya la guerra furibunda
 cayendo del volcán, que era su trono,
 y si cual sierpe herida se revuelve
 retorciéndose en hondas convulsiones
 y el fiero diente clava
 en los tristes humanos corazones,
 si muerde todavía
 no ya mira á sus pies cual una esclava
 á la tierra infeliz, ni las naciones
 destruye en solo un día;
 ni lleva atado el hombre
 á su carro triunfal, de entre los seres
 borrando ufana su glorioso nombre,
 ni salpica de fango á las mujeres
 ni marcha convirtiendo
 la nueva sociedad en caos horrendo.

Sentada sobre el sol adonde sube
 con sus almas de férvido querube
 la pura inteligencia
 todo lo rije: al soplo de la ciencia
 que bebió con afán en la divina
 copa de amor, la tierra se transforma
 y el hombre con su espíritu domina
 entera la creación: entra triunfante
 en su velado ser; mundos descubre
 y del cielo las leyes adivina.

Pesa los astros en su fiel balanza,
 y por la inmensa esfera del vacío

en pos de ellos se lanza
 marcándoles su rumbo: la materia
 pronto tiene de ser cual pluma leve
 que en sus pintadas alas poderosas
 á la esfera del sol el génio lleve;
 que el espíritu humano
 fuerza será que vuele y que se encumbre
 si Amor le da su aliento sobrehumano
 y le corona el Cielo soberano
 con los eternos rayos de su lumbre.

Y tú, la más hermosa
 de todas las criaturas, bello lirio,
 pura y fragante rosa,
 tú que creciste, celebrada esposa,
 en medio las espinas del martirio;
 tú, madre santa, que nacer me hiciste
 hijo del Hombre-Dios venido al mundo
 por el ardiente amor que te tenía,
 recibe con dulcísimo embeleso
 el *regalado beso*
 que desde el Cielo plácido te envía.
 Sobre tus tiernos pétalos brillantes
 flor de divino aroma,
 con los ojos de amor centelleantes
 suspensa está la celestial paloma
 que enamorada brilla
 con la luz del Señor, y tu semilla
 del aura que te arrulla blandamente
 al soplo volará de polo á polo
 y hasta el Ocaso irá desde el Oriente...

.

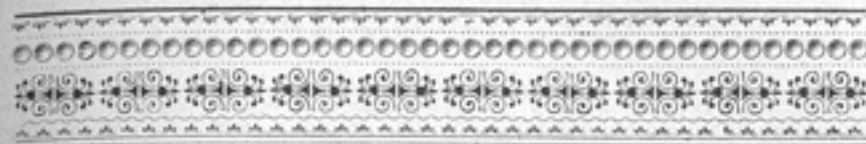
Espíritu divino,
 santo amor que á la tierra descendiste
 en raudo torbellino
 y la eterna palabra nos trajiste,
 y el nectar de los cielos derramaste,
 y en tu fuego creador nos abrasaste,
 y de todos los hombres uno hiciste!
 Tú que en el borde mismo
 del tenebroso abismo
 á que el odio traidor le conducía,
 paraste el mundo en su fatal carrera
 y de anhelada paz y de alegría
 abriste al alma venturosa era.
 Tú, que diste á la mente
 nuevo esplendor, y al corazón ardiente
 con vínculo sagrado
 la unistes extinguiendo con tu soplo
 las negras huellas del primer pecado.
 Tú, que haces de la ciencia
 el alto serafín que vió Isaías,
 y tú, que al arte guías
 sosteniéndole en éxtasis profundo
 por las etéreas vías
 donde en sueño de amor siempre fecundo
 el cielo copia y embellece el mundo!
 Tú, que el custodio eres,
 y el alma de la Iglesia
 á quien Satán persigue con encono,
 no la dejes jamás en abandono,
 conserva ilesas sus preciosas galas,
 presta á su eterno trono
 áureo dosel con tus radiantes alas!!!

Ven, Espíritu Santo,
 que ya su deuda el hombre ha satisfecho,
 y si el hermoso encanto
 del primitivo edén miró deshecho,
 con tu fuego de amor seca su llanto,
 y si anhela otro edén, mora su pecho.

Aura consoladora
 que al espléndido alcázar de la aurora
 alborozada vuelas,
 acude, acude, impele
 con blando soplo las nevadas velas
 de la nave de Dios que pura brilla
 y sin descanso boga al insondable
 mar inconmensurable
 sin límites, sin fondo, sin orilla,
 donde por gran portento,
 y sin que pueda hallarse fiel trasunto
 está la eternidad en un momento
 y está la inmensidad en sólo un punto.



Á los hermanos mártires San Aciselo y Santa Victoria



A los hermanos mártires

San Acisclo y Santa Victoria

ODA (*)

A LTA luz de la fe que allá en la cumbre
de la Eterna Deidad tu brillo ostentas
y en la patria del hombre
eres velado sol entre tormentas:
yo bendigo tu nombre,
abrásame en tus rayos, pura lumbre,
ven y mi mente súbito ilumina,
pon en mis labios la verdad divina.

Yo siento una inquietud, un ansia vana
que sólo un cielo mitigar pudiera.
¡Ay!... y es que tuvo la grandeza humana,
hoy en fúnebre cárcel prisionera,
alas de fuego en su primer mañana.

(*) Aunque esta composición se escribió con objeto de aspirar á uno de los premios en ciertos Juegos florales de esta ciudad, no fué presentada por haberse concluido después del plazo fijado á este fin.

Yo quisiera volar: arrebatado,
 correr de Febo la brillante vía
 y el espléndido alcázar azulado,
 donde vaga mi errante fantasía,
 agitarme en los rápidos torrentes
 y perderme del mar en lo infinito,
 sorprender el misterio de las fuentes,
 lágrimas de un gigante de granito,
 suspirar con el aura del desierto
 entre montes de arena voladora
 y unirme de los mundos al concierto
 en la cándida risa de la aurora
 que con mano de rosas y de nieve
 del sol el carro de diamantes mueve.

Mas ¡ay!... mi noble anhelo
 sucumbe al fin bajo delirio insano.
 ¿Qué es el hombre si alzar piensa su vuelo
 hasta el trono de gloria soberano?
 Un átomo, no más en ese cielo
 y una gota del férvido Océano
 que escalar las alturas quiere en vano.
 Sólo la fe que en el Empíreo toca
 con su radiosa frente
 que suave miel destila de su boca
 y el tesoro de Dios guarda en su mente.
 sondar pudiera el pavoroso abismo
 donde la luz divina centellea;
 por ella unido el hombre con Dios mismo
 de una dicha inefable se rodea,
 y nuevos mundos poderoso crea.

Sí, que la fe cristiana

volando sin cesar de polo á polo
 muestra herido á sus plantas el Tonante.
 Y la excelsa doctrina de un Dios solo
 Creador potente, bondadoso amante
 del hombre su bellísima criatura,
 morir hace al Olimpo en noche oscura.

Pasa, Roma cruel, gigante sombra
 que al mundo entero en tu furor dominas
 y sobre extensa alfombra
 de sangrientos cadáveres caminas;
 pasa, espectro feroz, que ya te espera
 el Orco funeral con sus horrores:
 tú enciendes para el mártir una hoguera
 que lo baña en divinos esplendores:
 bajo tu mano y tu dogal maldito
 torna la Fe su lastimero grito
 en cánticos á Dios de paz y amores.

En torno del triclinio solitario
 el epulón suspira
 que ya ni el ave consagrada á Juno
 ni el dulce nectar de Falerno mira
 entre brillantes matizadas pomas
 y flores de suavísimos aromas!
 ¡Oh señora del mundo! ¡Oh destronada
 Reina!... Tu suerte compasión inspira.
 Ya tus sabios esconden en su pecho
 la ponzoña letal de amarga duda;
 ya no velan los lares en tu techo,
 que el manto de los Césares deshecho
 ven, la lira de tus vates muda;
 ya el fiero Marte con mirada esquiva

te niega, pueblo rey, esa corona
 donde jamás brilló modesta oliva;
 ya en su silla curul no vuela altiva
 triunfante y pura tu gentil matrona;
 tus templos de impiedad están desiertos,
 por tierra yace tu imponente sólio,
 y de vergüenza y confusión cubiertos
 los dioses huyen ya del Capitolio.

Y espira la serpiente silbadora
 y á sus pies se sepulta su esperanza;
 mas al morir, traidora,
 todo el veneno de sus ojos lanza,
 toda la hiel apura
 que cual dardo infernal su lengua vierte,
 y en una sola horrible mordedura
 quisiera dar al universo muerte.

En Córdoba, el edén de los amores
 que en su terso cristal Bétis retrata
 dando á la favorita de las flores
 líquido espejo y ceñidor de plata
 en este edén donde Favonio gira,
 en mansas ondas con murmurio tierno
 las víctimas están que ardiendo en ira
 elige el monstruo del profundo Averno.

Mas inútil la rabia del tirano
 es, y de Roma la esplendente gloria
 se eclipsa ante el esfuerzo sobrehumano
 del gran Aciselo y la inmortal Victoria.
 —No recuerdes tus dioses corrompidos—
 firmes gritan al déspota romano.

—que es infame su historia,—
 pues llenos siempre de pasiones viles
 en vez de alzarse á la suprema altura
 se arrastran en el cieno cual reptiles
 ó al vicio dan fantástica hermosura.

La furia del león que se embravece
 al ver que su rival lo desafía,
 y con roncós rugidos estremece
 el bosque inculto y la arenosa vía,
 y con raudales de su sangre acrece
 el hirviente volcán de su mirada,
 y en sus ojos flamíjeros presenta
 el brillo atroz de centellante espada,
 antes de herir por el rencor sangrienta:
 imagen es del formidable enojo
 de aquel tirano ciego
 que ardió en furor inconcebible y mudo
 cuando encendidos en divino fuego
 desoyendo los jóvenes su ruego
 de santa fe bajo el potente escudo
 el gran poder de Roma despreciaron
 y del excelso Olimpo blasfemaron.

En lóbrega mazmorra los sepultan,
 y Dios de inmensa lumbre los rodea:
 con horribles sarcasmos los insultan,
 y el cielo en sus pupilas alborea:
 arrójanlos en hornos encendidos
 y las llamas, domésticas besando
 sus piés, les brindan rutilante trono
 á la par vengadoras castigando
 de sus fieros verdugos el encono;

tumba después en el profundo río
 les preparan, y aumentase su gloria
 que el Betis con suavísimos abrazos
 en triunfo lleva en sus nudosos brazos
 al gran Acisclo y la inmortal Victoria.
 Pero abrir las mansiones celestiales
 Dios á sus hijos predilectos quiere
 y una nube de dardos infernales
 silba entonces y rápida los hiere.
 Después, la muerte con su mano helada
 los nobles cuerpos de los héroes toca,
 los contempla con lánguida mirada,
 los besa al fin con su amarilla boca,
 y suben luego á la feliz morada
 las almas puras en su dicha extrema,
 y allá en la cumbre de la luz suprema
 que ni en sueños jamás miró el artista
 les ciñe un ángel la inmortal diadema
 que el valor de los mártires conquista.

Y contemplan el místico Océano
 del ser Eterno y de la Ciencia suma
 donde los mundos y el poder humano
 son leves copos de movible espuma,
 y abrazados de amor en ansia ardiente,
 al par que en dulce deleitosa calma,
 en el seno de Dios Omnipotente
 beben la vida y la salud del alma.



Al mártir y escritor cordobés San Eulogio